

A PROPOSITO DEL PLAN: ¿REACTIVACION O REESTRUCTURACION?

VICTOR MANUEL MONCAYO C.

Hubiéramos querido utilizar en esta ocasión, como indicador de nuestra temática, un título que no planteara un interrogante, pero bien parece que las características ciertamente indefinidas de la actual coyuntura, nos obligarán a proceder de esta manera.

En forma expresa, el Plan de Desarrollo "Cambio con Equidad" formula como objetivo inmediato la reactivación económica, que ha de permitir sortear la situación de recesión con inflación, y atender, a partir de la aceleración del crecimiento económico, el ordenamiento del cambio social y la consolidación del desarrollo. Podríamos, entonces, hilvanar nuestra reflexión tomando como punto de partida ese objetivo y entrar a considerar y analizar, como habitualmente se hace cuando de planes se trata, las estrategias concebidas para alcanzarlo. Pero es evidente que si así procediéramos, nos estaríamos situando en el mismo terreno conceptual del Plan y, más precisamente, compartiríamos la idea de que de lo que se trata es de volver a poner en marcha un aparato productivo que, por condiciones coyunturales muy particulares, ha languidecido en su ritmo. No es ese nuestro propósito. Creemos que, más allá de la reactivación, lo que está en curso en nuestra formación y en general en toda la economía mundial, es una profunda reestructuración de las características mismas de la forma de la valorización capitalista, cuyos rasgos se pueden apenas sospechar, pero todavía no definir. Esto significa que no coincidimos en la apreciación del momento como una dificultad episódica, sino que le atribuimos un sentido más hondo, en cuanto compromete no la naturaleza y la cantidad de lo que se produce, sino la forma misma de producir.

1. Una precisión conceptual: crisis y proceso de valorización

Considerar la cuestión en esa perspectiva supone, aún cuando corramos una vez más el riesgo de ser tildados de teóricos, algunas precisiones conceptuales. Cuando hablamos de proceso de producción, para apreciar sus condiciones de existencia, sus contradicciones o sus vicisitudes, estamos haciendo referencia explícita a esa unidad (obviamente contradictoria) entre proceso de trabajo y proceso de valorización, especialmente considerada por Marx en el Capítulo Inédito. La historia del capitalismo no es otra que la historia de las distintas formas que ha asumido esa unidad en función de la dominación del trabajo por el capital o, dicho en otros términos, de las diferentes modalidades de extracción de plusvalía. El proceso de valorización subsume o domina el proceso de trabajo en orden a garantizar la acumulación, pero una vez establecida una forma o modalidad determinada de dominación, se despliega bajo ella una lucha del trabajo contra el capital que conduce a su crisis e impone, en consecuencia, el paso histórico a una forma o modalidad nueva, en la cual necesariamente se reinicia la misma confrontación. He aquí, en pocas palabras, la dialéctica contradictoria que conduce el capitalismo a la crisis y a la reestructuración. Así entendidas las cosas, la crisis no es problema exclusivo del capital, de sus agentes distribuidos en ramas o sectores, sino de la relación capitalista de producción, cuya explicación fundamental y última es la resistencia y la oposición del trabajo al capital. Es cierto que la crisis aparece como una ruptura de la circulación de las mercancías y que se expresa como crisis de desproporción entre los sectores productores de medios de producción y de medios de consumo, o como crisis de sobreproducción o de mercado o subconsumo o, desde el punto de vista monetario, como desnaturalización de la función del dinero como medida del valor (inflación), pero todas esas manifestaciones no son autónomas o independientes sino que remiten a la organización del proceso productivo como unidad de proceso de valorización y proceso de trabajo.

2. Crisis y reestructuración en la fase actual

No se trata, ahora, para los efectos de esta reflexión, de recordar las distintas fases históricas por las cuales ha transitado el capitalismo y los momentos críticos que han puesto fin a una e

iniciado otra, sino simplemente de situar, a grandes rasgos, las características de la fase contemporánea, para poder situar a partir de allí las perspectivas de su reestructuración. En términos generales, hemos asistido a una fase de profundización y ampliación del régimen de plusvalía relativa, es decir de generación y captación de valor con base en la reducción del trabajo necesario, gracias al desarrollo de la productividad del trabajo, lograda mediante la incorporación de las innovaciones científicas y tecnológicas y la organización interna de los procesos de trabajo que supusieron el taylorismo y el fordismo. El estadio final de esa fase de la plusvalía relativa, denominado por muchos como la época de la producción de masa, impuso, de un lado, un régimen salarial particular, esencialmente centrado sobre el ingreso monetario salarial, negociado en función exclusiva de la productividad y complementado con el salario indirecto proveniente del Estado-bienestar y, de otro, la fijación y concentración creciente de la actividad productiva en amplias y gigantescas unidades, dentro de una dinámica igualmente progresiva de concentración y centralización del capital.

Pero bajo esa dominación específica impuesta a los procesos de trabajo, que creó una modalidad particular de explotación, la resistencia y la lucha del trabajo contra el capital han logrado imponer límites insuperables y dificultades insalvables a la ampliación de la valorización capitalista, con base en las mismas condiciones instauradas por el propio sistema. Los colectivos de trabajadores propios de la producción de masa han logrado imponer, tanto a sus patronos como al Estado, una alta rigidez del valor del trabajo necesario, transformando los encierros disciplinarios de las fábricas en lugares de unión y de rechazo al capital, y haciendo de las prácticas de consumo por fuera de la producción, una ocasión más para reclamar, conservar o ampliar sus condiciones de reproducción.

Nuestra formación, a pesar de su carácter de eslabón de la cadena periférica, ingresó paulatina pero seguramente en esa fase de la producción de masa y prueba de ello son precisamente las sucesivas etapas del proceso de sustitución de importaciones que han caracterizado nuestro desarrollo. Y también, aunque en grado y con características diferentes, las luchas han alcanzado ciertos niveles de rigidez salarial, análogos a los que constituyen obstáculo en los países centrales.

Ante esas dificultades planteadas a la relación capitalista de producción, que son la razón central de la crisis, ésta plantea una reestructuración que, obviamente, compromete no sólo la estructura productiva de los países centrales, sino también la de los del mundo periférico, pues parte de esa reestructuración es precisamente la redefinición del papel que la división internacional del trabajo asigne a cada formación.

Las perspectivas de esa reestructuración, siempre con la ayuda de la ciencia y la tecnología y de nuevos sistemas de organización del trabajo, apuntan esencialmente a desestabilizar las condiciones que han permitido esa rigidez, causa de la crisis, y simultáneamente a renovar y ampliar las posibilidades de valorización. Una síntesis provisional de esas perspectivas podría hallarse en la unidad constituida por la redefinición de los espacios productivos y la fijación de pautas distintas para la determinación del trabajo necesario.

En cuanto a los espacios productivos, se trata de romper la concentración geográfica o territorial que supone la fábrica tradicional, no sólo para combatir las condiciones de organización y de lucha que ella ha posibilitado, sino para introducir mayor fluidez y movilidad a los procesos de trabajo, con economía de tiempo, de velocidad y de espacio. Esa ruptura puede desembocar, según la naturaleza del producto y la tecnología alcanzada, ya sea en la figura amplia del "sitio industrial", como lugar de gestión simultáneamente colectiva e individualizada de redes infraestructurales pertenecientes a diferentes procesos productivos, donde es posible la movilidad y la precariedad de los trabajadores por las relaciones difusas de su dependencia patronal; ya sea en la rehabilitación de formas tradicionales del espacio productivo como el pequeño taller artesanal, el trabajo a domicilio o las pequeñas o medianas empresas, con la ayuda de los sistemas suministrados por la automatización, la robotización y la informática.

Por lo que se refiere a la norma de fijación salarial, las mismas modalidades nuevas de espacio productivo, dejarán atrás la fijación colectiva convencional de los salarios y la misma intervención e intermediación estatal, para situar en los mismos pro-

ductores la fijación de sus niveles remunerativos y de reproducción, incorporando quizás nuevamente formas domésticas o comunitarias de producción de determinados bienes, que abandonarán por ello la esfera mercantil.

3. El entendimiento estatal de la crisis

Si regresamos ahora a nuestra inquietud inicial a propósito del Plan, no encontramos en él ninguna referencia al proceso de reestructuración en el sentido que hemos señalado, salvo la mención sobre el impacto de los cambios tecnológicos a que alude el Presidente Betancur en la presentación. Se anota allí cómo “hoy asistimos a un nuevo viraje tecnológico, que está en la base de la crisis. La máquina de vapor, o el motor de combustión interna y la turbina, símbolos de la primera y de la segunda revolución industrial, quizás pasen pronto a ser piezas de museo, reemplazadas por la electrónica, los computadores, la automatización”. Y se agrega aún más: “los cambios tecnológicos parecen producir crisis cíclicas en el funcionamiento total de la economía: estamos en una de esas fases de cambio intensivo . . . recuérdese la gran innovación que introdujo Ford en la industria entera con la producción en serie y la cadena de montaje. El taylorismo con todas sus variantes fue una secuela que probaba la realidad de la organización como cuarto factor productivo. . . se trata en breve de la automatización y aún de la ‘robotización’ del proceso de ensamblaje. . . A la vez los cambios tecnológicos introducidos en otras áreas de la economía, han generado un desempleo que tenderá a ser algo más que fenómeno pasajero. Se unieron así la alta productividad y el desempleo, deprimiendo el conjunto de la demanda agregada” (págs. VII y VIII del Plan).

Obviamente, no se trata en la alusión presidencial de una reestructuración cuya raíz sea la oposición del trabajo al capital, sino de la versión tecnologista de los cambios en el sistema productivo, que aísla el desarrollo científico y tecnológico de las contradicciones propias de la explotación capitalista, presentando la cuestión como un mal ineluctable del progreso. Pero, de todas maneras, es significativo de la realidad de la reestructuración que hoy se vive y a la cual hemos tratado de hacer referencia.

Excepción hecha de ese entendimiento de la crisis, como efecto de la revolución tecnológica y como fenómeno que vincula por entero a todas las formaciones del planeta, lo que campea en el texto del Plan bajo diferentes expresiones y presentaciones, es una concepción que podríamos denominar puramente circulacionista de la crisis que, de otra parte, también recoge el propio Presidente Betancur en la introducción, al reducir la problemática a la depresión de la demanda agregada y a la necesidad de encontrar una mayor integración de las diversas ramas productivas. Basta al efecto observar cómo, al ensayar un entendimiento de la desaceleración notoria de la economía en los últimos años, se sitúan las causas en la influencia negativa de la economía mundial en crisis, que ha hecho descender nuestras exportaciones, ha deteriorado los términos de intercambio y nos ha comunicado fenómenos perturbadores como la elevación de las tasas de inflación y de interés, o en circunstancias domésticas como la afectación de la producción nacional por el contrabando, la política monetaria restrictiva, la depresión de los niveles de inversión privada debido a los altos intereses, o la desviación de ahorro hacia fines especulativos por la carencia de controles sobre la actividad financiera. Para concluir, de manera categórica, que la crisis económica "tiene su raíz en la falta de dinamismo de la demanda agregada externa e interna y en la desmotivación de la oferta", afirmación del más puro linaje circulacionista, en la vertiente del subconsumo.

En esa perspectiva se incriben las orientaciones tendientes a lograr superar la escasa integración e interacción entre las ramas que conforman el aparato productivo, mediante modelos que se aparten de las estrategias unisectoriales y creen condiciones para la industrialización a través de cambios en la estructura de la demanda interna, inducidos por el incremento del ingreso medio de la población, el desarrollo de la infraestructura física e institucional y la obtención de circunstancias favorables en el comercio internacional para la exportación de manufacturas. La misma línea de reflexión impone, obviamente, como política inmediata o de corto plazo la generación de empleo que, sin embargo, contrasta con los objetivos de largo plazo de incrementar la participación relativa de los bienes de capital dentro de la estructura productiva, modernizar la industria y elevar los niveles de productividad que, como bien se sabe, desplazan masivamente fuerza de trabajo.

4. Las políticas sobre la heterogeneidad de la estructura productiva

Si se considera especialmente, dentro de ese entendimiento de la crisis, la problemática planteada por la heterogeneidad de la estructura productiva, las políticas que se esbozan de manera expresa, también responden a ese mismo propósito de activación de la producción a través de la remoción de la crisis de demanda agregada y de solución de los límites existentes a la actividad productiva.

En efecto, este plan, como los anteriores, no desconoce la composición desigual de la estructura productiva, que incluye no sólo las unidades avanzadas o de punta de cada rama o sector, sino también un vasto conjunto de unidades que concurren al mismo mercado, y al cual pertenecen tanto la pequeña o mediana industria, como las formas productivas manufactureras, artesanales o de carácter mercantil simple, o las unidades de simple subsistencia o las correspondientes al campo amplio y difuso de lo que se ha venido denominando la informalidad.

Esa diversidad se explica estructuralmente por las particularidades del sistema de producción capitalista, que promueve de manera permanente y progresiva la elevación de las condiciones de productividad y arroja, como resultado, unidades que alcanzan los niveles más altos y unidades que, por no acceder a esa situación superior, permanecen en niveles inferiores de distinto grado. De otra parte, también explica la existencia de esa heterogeneidad, la circunstancia de que el sistema capitalista no elimina plenamente las formas productivas atrasadas o que internamente podrían considerarse como no capitalistas, pues no todos los bienes y servicios posibles y necesarios como condiciones materiales de la producción son producidos en una sociedad concreta y en una coyuntura específica, por unidades capitalistas del más alto grado de composición orgánica, pues histórica y socialmente tales bienes y servicios, aunque potencialmente pueden ser asumidos por ellas, efectivamente no lo son, dadas las mejores condiciones de valorización que ofrecen las ramas correspondientes a otros productos. En ese sentido, es posible afirmar que la desigualdad o diversidad de la

estructura productiva no es patológica o anormal, sino que perfectamente se explica por las necesidades del conjunto, desde el punto de vista de la existencia en el mercado de todos aquellos productos indispensables como condiciones materiales de la actividad económico-social.

Esa funcionalidad de las formas productivas distintas a las avanzadas, ha sido siempre una preocupación constante del Estado, aunque con acentos y extensiones diversos. En términos generales, las políticas se orientan en dos sentidos: de un lado, apoyo, estímulo y protección, desde el punto de su contribución a la generación de empleo, en cuanto ocupan y remuneran a un vasto sector de la población y, de otro, fomento, desarrollo y transformación de sus condiciones de producción y productividad para que aporten al mercado de manera más eficiente, los bienes y servicios que producen, en la medida en que son indispensables ya sea para la reproducción de la fuerza de trabajo, ya sea para alimentar con insumos otras actividades económicas. Ambas direcciones, por consiguiente, se inscriben perfectamente dentro de un esquema de entendimiento circulacionista de la crisis y es por ello que reaparecen, en distintos niveles del plan, como lo ilustraremos a continuación.

A propósito de la política agropecuaria, por ejemplo, se asigna un lugar al fomento de las pequeñas empresas agroindustriales en cuanto utilicen intensivamente el trabajo familiar; y se insiste en los propósitos del programa DRI-PAN dirigidos a apoyar a los campesinos que han demostrado capacidad empresarial y de articulación al mercado, así como también a los que producen apenas para alcanzar la subsistencia o por debajo de ella o a los productores ubicados en zonas marginales, dentro del esquema general de fomentar la producción de alimentos a bajo costo y de atender a las necesidades de reproducción de tales productores. El mismo propósito de generación de empleo y de apoyar la producción de determinados bienes y servicios, se subraya en la política de dinamización de la pequeña y mediana industria, o en la de fomento de la microempresa, especialmente por cuanto representa solución de ocupación para antiguos empleados que han aprendido una técnica o para los nuevos profesionales con iniciativa propia, o en la de atención al sector informal en consideración al aporte que han hecho en los

últimos años al nivel de ocupación, las actividades a cargo de trabajadores por cuenta propia. Idéntico alcance se atribuye, finalmente, a las acciones de auspicio a la pequeña y mediana minería y de promoción de la organización en ese sector de organizaciones asociativas o cooperativas.

5. Y más allá del Plan... las perspectivas de reestructuración

Pero lo que nos interesa mostrar es que, paralelamente a las estrategias explícitas del Plan, que son coherentes y armónicas con su entendimiento de la crisis, hay en él y quizás más allá de él, algunos síntomas de redefinición de la política sobre los sectores no avanzados de la economía, que permiten situarla, no exclusivamente en relación con la generación de empleo o con el suministro de bienes y servicios indispensables para la economía, sino también en la perspectiva de una reestructuración de los espacios productivos y de las pautas de determinación salarial, que atrás comentamos como tendencias principales de la crisis de valorización contemporánea.

En efecto, existe la intención de extender los programas de capacitación adecuados al cambio tecnológico, a los sectores de la fuerza de trabajo no vinculados a la economía formal, lo cual bien puede representar una expresión de la necesidad de preparar los futuros procesos de desconcentración y difusión de las plantas industriales, que requieren contar precisamente con ese personal en las condiciones de aptitud indispensables. De otra parte, también es un indicador muy significativo de la conveniencia de la desconcentración de los procesos industriales mediante la utilización de unidades medianas y pequeñas ya existentes o que surjan al efecto, la promoción de la política de ensamble no sólo en las industrias ensambladoras, sino en aquellas de alto componente importado de materias primas o donde existan posibilidades de sustitución por productos intermedios de origen nacional. Similar sentido de reestructuración puede hallarse en la política de fomento a la microempresa, pues expresamente se plantea la conveniencia de estimular procesos de integración con empresas grandes y pequeñas, mediante mecanismos como las operaciones de subcontratación, o en la política destinada al sector informal, que no solamente lo contempla como alternativa de empleo, sino que pretende alcanzar una mayor

integración o articulación de él con el sector moderno, tanto en las ramas productivas de bienes y servicios, como en las del sector comercial, para las cuales se plantean acciones que apoyen su organización y que colaboren con ellas mediante planes especiales de ordenamiento físico e institucional.

Podría pues afirmarse que del Plan fluyen algunas tendencias que pueden perfectamente enlazarse con ciertos desarrollos de deslocalización de la actividad productiva y con los esfuerzos que algunas entidades públicas y privadas quieren adelantar en ese sentido. No es todavía algo muy definido, pero es una perspectiva que empieza a delinearse. Ya se admite, al menos, que no es inevitable ni irreversible la tendencia, bajo la cual se ha producido el desarrollo, hacia la progresiva centralización y concentración del capital unida a la concentración física de la producción en grandes establecimientos, sino que según la naturaleza de los productos, las posibilidades tecnológicas de cada rama y el mismo régimen de organización del trabajo y de normas estatales sobre la relación laboral, existen múltiples alternativas para la difusión y fragmentación de la organización productiva, ya sea mediante la utilización de unidades medianas o pequeñas, o de carácter mercantil simple, o de naturaleza doméstica existentes o creadas, ya sea a través de la atomización de la gran fábrica en unidades modulares enlazadas por sistemas de información, coordinación y control. Por el momento, nada más podemos agregar. Tenemos simplemente que reconocer la incapacidad actual para conducir la crítica a niveles superiores. Tenemos la certeza de la postulación de una estrategia de reactivación, cuyas posibilidades de éxito necesariamente tienen que ser discutidas en el mismo terreno del entendimiento circulacionista de la crisis. Pero sobre la reestructuración nuestra posición no puede avanzar más allá de la sospecha...